

Expediciones, naufragios y confines:

los textos de viajes en el periodo colonial.

Entrevista a Paul Firbas (State University of New York
at Stony Brook)

Fernando Rodríguez Mansilla*

¿Puede hablarse de la existencia de una «literatura de viajes» dentro de los textos compuestos en el periodo colonial hispanoamericano?; ¿cuál sería la relevancia de esta categoría para los estudios coloniales?, y ¿cuál sería su respectivo corpus?

La primera dificultad (y lo que hace que la pregunta sea tan rica) reside justamente en la densidad del concepto de «literatura de viajes», que suele entenderse acompañado de toda una serie de prácticas bastante modernas (las grandes expediciones naturalistas europeas) y que al mismo tiempo implica formas de lectura también indisociables de experiencias e instituciones propias de la modernidad. Cuando decimos «literatura de viajes» pensamos, generalmente, en los muchos tomos de Alexander von Humboldt, Darwin o Charles Wiener, en grabados o ilustraciones de esa época en un aparato editorial y en una recepción europea (y después criollas) de esos textos.

Sin embargo, una mirada crítica que se descargue del peso de esa modernidad ilustrada y de algunos de sus puntos de partida tendría que admitir que la relación entre viaje y escritura (no digo literatura necesariamente) es tan antigua como las mismas tradiciones narrativas. Una escena muy antigua en el arte narrar es la de quien cuenta a su propia

* University of North Carolina at Chapel Hill

tribu lo que ha visto en tierras y pueblos distantes; es decir, en esa forma está la estructura básica de la moderna antropología y, por supuesto, de sus predecesores: las narraciones testimoniales de las crónicas, relaciones e historiografía de Indias.

Dentro del periodo colonial, conviene pensar en narraciones o relatos de viajes antes que en literatura. La diferencia de los estudios coloniales reside en el enfoque en la cultura material y simbólica americanas que acompaña la producción de los textos. Pensar en términos de «literatura de viajes» podría sugerir cierto abandono a una idea cómoda (propia del placer del texto, como diría Roland Barthes) del fenómeno literario. Por supuesto que también el olvido de lo literario ha producido y produce en el mundo académico lecturas sólo documentales o referenciales de los textos coloniales, como si se les negara (o les fuera impertinente) el estatuto universal o el registro estético.

Creo que pensar los textos coloniales desde la categoría del «relato de viajes» puede servirnos para dialogar con narraciones de otras épocas y geografías enfocándonos en procedimientos narrativos y en las formas, posibilidades y limitaciones del encuentro con el «otro». Asimismo, esta categoría también puede acercarnos a un corpus teórico que no sea específico del mundo colonial americano. Debo admitir que en mi trabajo no he buscado teorizar sobre el «relato de viajes» ni me he preocupado especialmente por esa categoría. Reconozco, en cambio, que tengo mucho interés por formas discursivas próximas, como la cosmografía, la geografía, las relaciones o las crónicas. En ese sentido, creo que el corpus de los relatos de viajes coloniales sería muy amplio, incluiría todos los textos estructurados por el desplazamiento espacial y la relación entre un yo y un tú desconocidos. Los textos clásicos de ese corpus son muy conocidos: el *Diario* de Colón, las cartas de Vespucio, de Pero Vaz de Caminha, la *Relación* (conocida más popularmente como *Naufragios*) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca o *Los infortunios de Alonso Ramírez*, entre otros. En cierta manera, también algunas partes de *La Araucana* de Alonso de Ercilla (por ejemplo los cantos xxxv y xxxvi) podrían leerse como narraciones de viajes y, por supuesto, las relaciones de expediciones, así como ciertos libros o capítulos de la historiografía de Indias, como la *Historia* de Fernández de Oviedo, etc.

Dentro de los textos coloniales que versan sobre viajes, ¿podría hablarse de textos fundadores o modélicos y textos epigonales?

Creo que el texto fundador, sin duda, sería el *Diario* de Colón. Al decir esto, descubrimos de inmediato que una fundación de este tipo está hecha sobre cimientos

previos: Juan de Mandeville, Marco Polo, entre otros. Más difícil resulta señalar un texto o un conjunto de textos epigonales. Creo que en no pocos relatos del siglo xx, dentro del registro novelístico o la crónica periodística, por ejemplo, cuando un personaje letrado viaja al mundo rural (la comunidad indígena) vuelven a aparecer algunos tropos del colonialismo. Un caso emblemático sería el de *Lituma en los Andes*, novela de Vargas Llosa, donde el desplazamiento de la costa hacia la sierra del Perú es una suerte de viaje al corazón de la barbarie, territorio donde impera el pecar nefando, además del canibalismo: un espacio ilegible para la razón moderna.

¿Qué temas caros a los estudios coloniales permite abordar la categoría del “relato de viajes”?

Uno de los temas que, en este momento me parece central, tendría que ver con un subgénero del relato de viajes: la narración de un naufragio. Este tipo de relato, tan abundante en el mundo portugués, pero también muy rico en la monumental *Historia* de Oviedo, presenta el problema narrativo y cultural del regreso del náufrago. Hay una serie de lugares comunes para narrar esa imposibilidad de regresar a la casa, como si la experiencia del naufragio fuera una mancha indeleble o una herida siempre abierta. Se repiten algunos tópicos: la dificultad de volver a la lengua materna, la incomodidad de las ropas sobre la piel curtida, la extrañeza con los objetos domésticos: la cama resulta menos cómoda que el piso. Otro asunto que me interesa especialmente es la relación entre el desplazamiento espacial extremo —la geografía de los confines— y la historia moral en los textos coloniales.

Textos como los Naufragios de Cabeza de Vaca o los Infortunios de Alonso Ramírez han sido contemplados como parte de una tradición literaria cuyo origen se encuentra en clásicos como la Odisea o la Eneida, hitos de la literatura de viajes en la literatura occidental. ¿Esa comparación es funcional?, ¿cuáles serían los alcances y limitaciones de aquella filiación?

Algunos puntos de encuentro existen con los poemas épicos de Homero y Virgilio, en tanto que son textos clásicos y repositorios de las tradiciones occidentales. Está, por supuesto, el motivo del héroe que viaja para regresar a casa. Sin embargo, creo que la limitación básica tiene que ver con algo que sugerí línea antes. Tanto *Naufragios* como *Infortunios* son textos cuya forma y lugar de enunciación derivan directamente del memorial de servicios, de la

relación legal y que, además, pertenecen ya al mundo moderno de la imprenta. Además, y esto es central, son narraciones que no ocultan la complejidad de las circunstancias históricas de su misma producción material. Dicho esto, es obvio que también participan de otras tradiciones narrativas, como la hagiografía, la novela picaresca y la épica renacentista (las digresiones del *romanzo*), entre otras. Sin embargo, como lector de textos coloniales, sería un error descuidar las particularidades del mundo americano y español implicadas en la producción y recepción de estas narraciones.

En tus investigaciones sobre las poblaciones del Estrecho de Magallanes has resaltado que, en el relato sobre las mismas, nos hallamos ante «la escritura desplazada de la pérdida española de su lugar y poder hacia finales del siglo XVI» («Fracaso, derrota y épica: las poblaciones del Estrecho de Magallanes» Iberoromania, 58, 2003, p. 145). ¿Cómo se construye este discurso del fracaso hegemónico en textos coloniales de viaje?

Se trata de un discurso desplazado porque ese fracaso no se puede narrar directamente. Antes de la pérdida de la Armada Invencible, las naves inglesas habían tomado simbólicamente el estrecho de Magallanes. Sostengo que la aparición de Drake en Lima en 1579 tuvo consecuencias profundas en el imaginario virreinal y metropolitano. La frontera de Magallanes se convierte, así, en un límite impuesto por designo divino a las armas españolas: en algunos textos, como las *Armas antárticas* de Miramontes, todo el espacio magallánico adquiere entonces otro sentido, ajeno a las dinámicas históricas y políticas de finales del siglo XVI. Las derrotas de Sarmiento de Gamboa, que son muchas, tienen que ver en parte con su insistencia en incorporar la zona de Magallanes en la geografía imperial española a través de un discurso caballeresco ya anacrónico en la década de 1580. Es decir, para regresar sobre la pregunta, el discurso del fracaso se construye, por un lado, por desplazamientos; por otro, con las ruinas del discurso heroico.

El discurso narrativo sobre América se asienta sobre referentes europeos. Como lo has demostrado en tus reflexiones en torno al adjetivo antártico, el empleo de este término, tanto en títulos de determinadas obras como dentro de los textos mismos, nos remite ‘a una geografía remota que, en el marco del género épico, activa un script de viajes y conquistas’ («Escribir en los confines» en América Latina: giro óptico, ed. Ignacio Sancho Prado, México: Universidad de las Américas, 2006, p. 345). ¿De qué forma condiciona este fenómeno la producción literaria en las colonias americanas? ¿De qué

forma lo hace en los textos sobre América escritos desde Europa? ¿Existen diferencias?

Ese condicionamiento tiene que ver con el peso de las tradiciones culturales y con las posibilidades del decir que se abren con los géneros discursivos. Los textos «antárticos» coloniales pertenecen a una generación de escritores españoles trasladados a América de Sur en la segunda mitad del XVI. En el Perú, esos escritores se vuelven baquianos y sus textos realizan, así, una doble exhibición: de los nuevos saberes adquiridos en el Nuevo Mundo (plantas, geografía, historia moral y lenguas) y de su filiación con las tradiciones más prestigiosas del Viejo Mundo; como si necesitaran una doble afirmación: de su diferencia y de su identidad. Creo leer allí el inicio (los *beginnings*) de algo que he venido trabajando en diversos ensayos. Por supuesto que no todos los textos coloniales tenían este lugar baquiano de enunciación. El peso de las tradiciones antárticas en un indio ladino como Guaman Poma es otro, como puede verse, por ejemplo, en el mapa mundi incluido en su *Nueva Corónica*. En los textos sobre América cuyo lugar de enunciación es el Viejo Mundo, lo antártico no posee ya ninguna carga de saberes locales, del discurso baquiano que distingue a escritores como Cabello de Balboa, Diego Mexía y Fernangil, entre otros.

¿Es posible encontrar en los textos sobre viajes en la colonia una manifestación de la identidad criolla? Si es así, ¿cómo se produce esto?

Más que una identidad criolla, los textos ponen en escena las múltiples negociaciones o agencias (como las ha llamado acertadamente J. A. Mazzotti) de los criollos. Siguiendo con los relatos de viajes, quizá el ejemplo más clásico sea el texto de Sigüenza y Góngora ya citado, *Los infortunios de Alonso Ramírez*. En éste, lo criollo se expresaría sobre todo por el lado de las negociaciones del mismo Sigüenza (y detrás de él, las de Alonso Ramírez) al entregar este curioso relato ejemplar —donde los viajes están ligados a los límites del imperio— al centro de la cultura de la corte, lugar donde se legitima el discurso criollo.